

ros, adoptaron el disfraz; lo mismo hicieron dos señoritas mexicanas, en medio de los generales aplausos.

Yo renuncié al descenso, y mientras la comitiva desapareció debajo de la tierra, seguí el borde del río, y hallé, ántes de un magnífico hotel que se llama "Prospects," y del que todas las ventanas dan á la catarata, una empinada escalerita escurriéndose al pié de la gran caída.

El piso superior de la escalera se vuela sobre lo que se llama la "Herradura."

Vese allí en toda su extension el río sembrado de rocas enormes, entre las que llega chocándose y despedazándose la corriente, alzando plumeros de espuma y polvo: es como media legua la extension. Entre las olas hirvientes crecen el encino, los robles y los pinos de las islas, y la soledad llena de estrépito, remeda una poblacion de espíritus que nos aturden y subyugan.

Llegan las olas hervidoras, como que se enfrenan y comprimen en un semicírculo inmenso de peñascos gigantes, y allí se ahogan y espiran, cayendo verdiosas como vidrio fundido, y rindiéndose al precipitarse en aquel derrumbamiento sublime.

El mar espirante se doblega, se aterra, cae á plomo, no se abalanza rugiente al espacio, no se arroja impetuoso, sucumbe exánime como un gladiador hercúleo que inclina la cabeza sobre su pecho para espirar; y así como el humo es el esqueleto de la llama, el polvo de agua es el espectro de la catarata que se eleva ceñido del iris, como un fantasma de la inmortalidad.

En aquel punto no percibí, como todos dicen, circular la caída: á mí me pareció como una escuadra formada por las

rocas. . . . A pocos pasos de mí, un niño, sonriendo, tiraba piedrecillas y se divertía viéndolas desaparecer en el raudal caudaloso de las aguas que caían. . . .

Los chorros blancos parecían colgar de lo alto del abismo, la boca del abismo derramaba luz sobre la espuma, las puntas de las rocas eran como cabezas humanas que salían del abismo.

Con miles de trabajos, arrastrándome, sintiéndome inseguro, y en posturas que no eran para exhibidas, razon por la cual no me uní á mis compañeros, descendí hasta un punto en que la escalera se estremecía, y estaba como colgando sobre el abismo, bañándome las chispas de agua que se desprendían de la catarata. . . .

Alcé los ojos, y los volví á cerrar con terror: aquel derrumbamiento, aquella caída, es superior á lo que el delirio mismo puede fingir ni la mente humana alcanzar; era como el desbaratamiento del universo, como si se asistiera al quebrantamiento de la tierra, al desplome de los astros. El trueno, el huracan, la tiniebla, la luz moribunda, la vida en su desquiciamiento estupendo.

¡Sublime Dios! aquellos mares no alzan con su revolucion tremenda una burbuja en el océano de tu eternidad! El espíritu planea sobre estos prodigios, como el águila en los vientos, y en la aspiracion á lo eterno, desaparece, como la película de la hoja, este conjunto de maravillas! . . . ¡Sublime Dios! alza á tí mi sér; suspéndelo contigo en el infinito, revélame los horizontes de tu grandeza; y esta emocion que se derrama de mi alma como ese inmenso raudal, me identifique contigo, mi fuente, mi raíz, mi padre! . . .

¿Qué templos, ni qué fórmulas, ni qué palabras pueden

contener lo que tú proclamas con esa majestad sagrada?

Regresé de mi excursión, y mis compañeros duraban en la suya. Entréme entonces en un establecimiento cuyo primer piso lo forman un Museo y un almacén.

Se asciende por una escalera pequeña y se encuentra uno en un precioso mirador de cristales, circular y rodeado exteriormente por un corredor ó faja estrecha, con su balaustrada de cantería.

La vista que se disfruta desde allí, es magnífica: por una parte, el río y las cascadas; al opuesto, edificios, tendidas sementeras con arboledas en sus confines; por aquel extremo, la población americana; por el otro, el primero y segundo puentes, columpiándose sobre el abismo y dejando ver como en las nubes la locomotora y los elegantes carruajes abiertos que conducen á los sitios de placer.

Paredes, columnas, marcos y vidrios, están materialmente cuajados de millones de nombres, de inscripciones, firmas y recuerdos de los viajeros: el mirador es como un álbum inmenso en que parecen registrados los nombres de todos los mortales. ¡Impotente esfuerzo del renombre! delirio infantil de la vanidad! protesta contra lo efímero y perecedero de la existencia humana!

Me entretenía en recorrer el álbum singular de que acabo de dar idea, cuando fueron brotando de la cueva los viajeros del otro mundo, que me refirieron, cuando subieron á la torrecilla, sus impresiones.

Al descender de la torrecilla, vimos á los dos lados del pasadizo que da á la calle, dos departamentos: el de la izquierda, que es una especie de Museo, con curiosidades geológicas; y el otro, un almacén en que se expenden esas

mil chucherías que son la ambición de los viajeros y el encanto de las ciudades.

Aderezos deliciosos de piedras blancas y transparentes, pulseras, cruces, aretes, estrellas, bastones de las ramas de los árboles que circundan la catarata, y todo un repertorio de objetos de gamuza bordados de piedrecillas y cuentas nácares, azules, blancas y verdes.

Gorrillas caprichosas, *theas*, pecheras y yo no sé cuántas fruslerías dispuestas con admirable coquetería.

Pero la parte sustancial del riquísimo almacén son las vendadoras, porque de luego á luego se ve que su sin par hermosura y sus gracias, entran como parte muy principal en la especulación.

Cada una de aquellas sirenas del Niágara, lujosamente vestida, con voz angélica y mirada amorosa, se apodera de un viajero, y le sonríe, le conduce, le mimó, mostrándole primores.

Aunque el comprador tenga de granito las entrañas, aquellas sonrisas le conmueven, afloja los cordones de su bolsillo, y se hunde; por supuesto que el dengue, y la sonrisa, y la mirada, se incluyen en las facturas, y son fabulosas las exhibiciones.

Mis lectores, que poco más ó menos conocen la calidad de sus compatriotas, se harán cargo, por esta indicación, de lo que serían en aquella estancia, al medirse las proponentes las sogas, dejando al descubierto el seno de alabastro; al pugnar por ajustar una pulsera al hijo de Moctezuma; en una palabra, al entretenerse en trato íntimo con aquellas *mercadelas* tan provocativas y seductoras.

Los jóvenes que hicieron allí sus compras, se desmore-

cieron, se despilfarraron y salieron con cargamentos de soguillas, cuentas y abalorios.

A poca distancia del Museo, un saltimbanqui nos invitó, *por cuanto vos*, á que pasásemos á un cuartito circular completamente á cubierto de la luz.

El cuartito es una muy curiosa cámara oscura, en que sobre una mesa cubierta con un lienzo blanco, se disfrutan en miniatura y en movimiento, los paisajes ya descritos.

La oscuridad completa, las exclamaciones de viajeros y viajeras, y la novedad de aquel cuartito contingente, no dejan de tener su atractivo.

Tomamos unos carruajes y dijimos á los aurigas nos llevasen al puente colgante antiguo, que está como á dos millas de la catarata: fué construido bajo la superintendencia de M. Roebling, y tuvo de costo quinientos mil pesos.

Los wagones del ferrocarril Great Western, pasan por el puente á unirse con el ferrocarril central de Nueva-York.

Ahora sí que no se escapan mis lectores de que les copie las dimensiones de este gigantesco puente:

Extension de los palmas de centro á centro de las torres.....	822	piés.
Altura de las torres del lado americano.....	88	
Idem en la parte del Canadá.....	78	
Idem de los rastrillos sobre el agua.....	258	
Número de cables de alambre.....	4	
Diámetro de cada uno.....	10 $\frac{1}{4}$	pulg.
Número de alambres en cada cable.....	3,659	
Fuerza agregada á los cables.....	12,400	ton.
Peso de la superestructura.....	800	
Cargas máximas.....	1,250	
Peso máximo que pueden soportar cables y extendederas.....	7,309	

NOTA.—Los primeros alambres fueron echados al través del río por medio de un papelote. (Cóp.)

Poco más abajo del puente, del lado americano, nos apeamos para ver, como á media milla, lo que se llama Whiripol, el Vórtice ó la Olla.

El río se inclina á la derecha entre derrumbamientos de roca y forma como un arco; las aguas, al estrellarse en la inmensa curva y retachar en el muro frontero, forman un tremendo remolino, desgarrándose y levantando altísimos plumeros de agua en proceloso tumulto.

No obstante los peligros inminentes que en semejante punto se perciben, el vapor *Maid of the Mist* ha hecho por allí sus viajes, siendo para los pasajeros un atractivo desafiar riesgo tan espantoso.

Cerca de las tres de la tarde regresamos al hotel, donde me esperaba para comer mi querido pintor italiano.

El pintor habia recogido todas las anécdotas que se cuentan sobre el Niágara, excursiones peligrosas, caídas tremendas, episodios trágicos y suicidios horripilantes.

Con su fisonomía animadísima y su semblante expresivo, me hablaba de cuadros que tenia en su mente, y deseaba con el ardor del artista trasladar al lienzo.

—Ya conoce vd. el río ántes de la gran caída, con sus aguas en que se quiebran los rayos del sol: figúrese vd. una jóven de angélica hermosura, con el cabello desordenado por el viento, el velo flotante sobre los bucles de oro de su espalda. Está en una barca pegada á una roca; se ha levantado y se inclina á coger una flor que temblaba sobre su delgado tallo al borde de la caída: de repente una ráfaga de viento la barre y la precipita en el abismo.... ¿qué le parece á vd. ese cuadro?

—Perfectamente.

—Esa señorita es Marta K. Rugg, de Lancaster, cerca de Boston: la desgracia ocurrió en 19 de Agosto de 1844.

Vea vd. otro cuadro:

Es una barca que lleva irresistible la corriente por ese rio impetuoso: en la barca, que estaba atada á la orilla, jugaban dos niños á la vista de la madre. . . . el cable se rompe, la barca se desprende, la niña ha salvado moribundo á uno de sus hijos. . . . el otro sigue en la barca y le tiende alegre sus bracitos, corriendo al precipicio en que perece, cruzando sobre la mole de la cascada. . . .

—Eso es magnífico!

—Esa se llama la escena de los hijos de Mr. White.

Tambien creo, continuó el artista, que se podria sacar partido de esta otra tradicion:

—Ya escucho á vd.

—Hace años llegó á visitar la catarata una familia, compuesta del padre de ella, la mamá y una jóven verdaderamente hechicera: parece que el viaje se habia proyectado para divagar á la niña de unos amores que reprobaban sus padres.

No contaban los médicos del amor con que el contrabandista piensa más que el guarda.

A excusas, con cuidadoso disfraz y rodeado de precauciones, seguia el galan perseguido á su adorado tormento.

Llegó al Niágara, se alojó en hotel diferente de los objetos de sus cuidados, y tuvo frecuentes entrevistas con la niña.

Esta le dijo que la esperase en una barca, en punto seguro que marcaron, y que allí se reunirían.

El día dispuesto para la fuga, ántes de amanecer, la ena-

morada jóven fuése sola á la isla de Goat; allí desgarró en las ramas de unos árboles su *schal*, arrojó al torrente su gorro, su sombrilla, sus enaguas interiores y su corsé, y á la hora citada se reunió al amante.

Los padres de la jóven, despiertan, la buscan, inquieran, siguen sus huellas y retroceden espantados cuando ven los girones del *schal* y señales evidentes del suicidio espantoso.

Los novios, entre tanto, seguian su camino en el colmo de la felicidad, llevando el amante vencedor á la señora de sus pensamientos, casi desnuda, en medio de la corriente impetuosa. . . .

—En efecto, podria un hombre como vd. hacer un bello cuadro de esa leyenda.

—Por último, me dijo mi pintor satisfecho, creo que está ya hecho el siguiente cuadro y que solo falta trasladarlo al lienzo. Es muy sabido de todo el mundo y se encuentra en todas las guías de viajeros.

Un indio que bogaba en lo más hondo y rápido del rio, fué arrebatado por la corriente; luchó, se esforzó, ¡pero todo trabajo fué inútil! Entónces, grave y altanero, dejó de combatir, se asentó con majestad en el centro de su canoa, se envolvió tranquilo en su manta, y grande, sereno, imponente é impasible, se abandonó á la corriente, y se le vió erguido, cuando su canoa saltaba sobre el abismo y desaparecia en la eternidad. . . .

—Realmente es sublime ese desden: es de lo más épico ese triunfo del espíritu sobre la muerte. . . .

Los compañeros habian salido á paseo; mi artista tenia quehaceres que desempeñar, y yo aproveché la ocasion para abandonarme á mis sueños, visitando las islas.

Tomé solitario mi camino para la isla de Goat: salió como á mi paso ese torrente formado por la furia y el desencadenamiento de un mar.

A la entrada de la isla hay un puente de fierro, formado de un largo y amplio carril de gruesos vigones, y á los lados, tendidos arcos de cerca de tres varas de altura, con sus enverjados de fierro, pero los arcos desunidos, que dan al puente bellissimo aspecto.

La isla tendrá media legua de extension; la rodea amplia calzada por donde transitan caballos y carruajes. El conjunto tiene semejanza con la parte del bosque de Chapultepec que da al Molino del Rey: de trecho en trecho hay bancos de césped, asientos y glorietas, ocultándose cuidadosa la mano del arte para que resalte el aspecto grandioso y salvaje de aquel sitio delicioso.

Cuando llegué á la isla, habia varios paseantes; en uno de los puentes de madera se hallaba un jóven de rubia y ensortijada cabellera, escribiendo con su lápiz en uno de los pasamanos del puente.

Yo no sé por qué, del modo más inopinado, á la vista de aquel gallardo jóven, en cuyo semblante creia distinguir el reflejo de la inspiracion, me preocupó aquel episodio del Castillo de Chillon que refiere Dumas en sus "Impresiones de Viaje."

"Contemplaba el castillo en ruinas, dice poco más ó menos, cuando un desconocido se adelantó á mí, penetró en uno de los calabozos, permaneció allí algunos minutos y salió con el emboce á los ojos; yo le seguí curioso con la vista, y me pareció que su andar era desigual; penetré al punto en que habia estado el desconocido. . . . busqué, inquirí si ha-

bia dejado alguna huella. . . . y ví recientemente grabado en la piedra, de una manera tosca é imperfecta, este nombre: BYRON."

Yo, sin ser Dumas por supuesto, me esperaba un desenlace semejante con aquel jóven desconocido.

Esperé á que concluyera de escribir. . . . concluyó en efecto. . . . apénas se alejó, cuando me acerqué á devorar con los ojos lo escrito. . . . Es de advertir que el puente es un punto de vista magnífico, desde donde se percibe parte del rio y la gran caída del Niágara. . . . Acerqueme: lo que habia escrito el yankee, porque yankee era mi ideal poético, era una cuenta de cueros de res, harina y sebo. . . . Dios me tuvo de su mano para no darme de bofetadas por mi desengaño!

Costeando entónces la isla por toda la calzada que da al rio, y cercano á otro descenso que tiene el nombre de *Cueva de los vientos*, nombre comun á varios puntos, encontré á un hombre que venia hácia mí fumando, y á quien pedí la lumbré: contestóme en correcto frances, y no faltó motivo para emprender conversacion.

Dijome mi nuevo conocido que los primeros visitantes de aquella isla fueron unos oficiales franceses, que en 1785 fueron conducidos allí por unos indios; que la isla la compró despues Mr. Noah, quien habia soñado hacer de aquel punto el refugio de todos los judíos del globo.

Con voz lúgubre é imponente me relató la historia de Francisco Abbot, llamado el Ermitaño:

"Apareció el misterioso personaje al Oeste de la isla de Goat, sin antecedente que diera á conocer su procedencia; formó una cabaña de ramas de árbol, y no se tenia conoci-

miento exacto de cómo proveía á su subsistencia, porque vivía en rigurosa incomunicacion.

“Durante el día, y en general en el buen tiempo, no salía de su choza. Pero cuando las tempestades se desencadenaban, al brillo de los relámpagos y á los estampidos del trueno, salía de su cabaña, corria, levantando los brazos y lanzando gritos, á las orillas de los abismos, dando muestras de infinito placer.

“Esto era á mediados de 1830: en 1831, en medio de una de esas escenas de terror, se lanzó á la corriente de la catarata, y su cuerpo, aunque muy mutilado, se encontró catorce millas más abajo de la caída, cerca del fuerte del Niágara.”

Seguí en mi paseo: á mi derecha como que se recortaba el borde, presentando varias hundiciones ó claros en que se distinguían espantosas profundidades. Al inclinarme en una de ellas, contemplé agarrándome de las rocas, una escalerilla de palo con escalones débiles y volados, á una gran altura. Temiendo desvanecerme, me senté en el primero de los escalones, y así fuí descendiendo, sintiendo estremecerse de un modo alarmante la escalera; llegué á un descanso, de él se desprende en la roca viva un corredor con su fuerte barandal de madera: es un balcon suspendido sobre el río ántes de bifurcarse y de caer, y desde donde se percibe en toda su grandiosa, su espléndida, su magnífica extension. Es más de una legua su anchura: desde aquel punto no se perciben con exactitud sus límites.

Arranca el tropel tempestuoso de las aguas desde el confín del distante horizonte, de donde parece saltar del cielo, que en aquel punto parece unido á la tierra: despues, en de-

clive rapidísimo, aquel vacío que se torna mar; aquel éter que se liquida, centuplicando en reverberaciones la luz que se funde; aquella claridad que se hace corpórea, hija del desquiciamiento del mar, parece precipitarse como una columna compacta, entrando por entre lejanas arboledas, corriendo como si á su espalda se agitase el huracan.

A cierta distancia, el lecho del inmenso río ya no es un cauce; es un océano de peñascos como montañas, de trozos de ruinas, de fragmentos de mundo, que han salvado de trecho en trecho del naufragio la tierra, y donde quedan como guerreando en pié, convulsos y terribles, gigantes árboles que abaten sus ramas como si pretendieran ahogar á sus piés la corriente procelosa.

Aquel esparcimiento de piedras y peñascos, disperso muro, inútil resistencia de las aguas, impotente conato de su detencion y aquietamiento, rompe en millares de olas la corriente, las aísla, las individualiza, y en su vertiginosa impetuosidad, aullan, gimen, prorumpen en alaridos intensísimos, se desgarran, vuelan en fracciones y producen una gritería de articulaciones, como una insurreccion, un tropel, un tumulto, una locura imposible de describirse ni alcanzarse con la imaginacion.

La luz en cambiantes infinitas, vuela sobre las olas desencadenadas, en que se perfila, se dora y se quiebra en desmoronamientos imposibles, estalla en chispas, se recoge y destiende en ráfagas deslumbradoras, miéntras el movimiento remeda la cabellera, el ojo, el brazo, la espalda de cuerpos hundiéndose, desarticulándose y esparciéndose en pedazos, que se trasforman en figuras fantásticas y espantables.

Parece que el mundo todo corre en fracciones en el tor-